

clara el cronista Salimbene — no hubo sino uno solo, el bienaventurado Francisco, en quien Cristo á semejanza suya imprimiese las cinco llagas » : y como atestigüaba su amado compañero fray León, que se halló presente cuando lo lavaban para sepultarlo, parecía sin duda alguna el Crucificado descendido de la cruz : así pueden aplicársele las palabras del Apocalipsis : — « He visto uno semejante al Hijo de Dios. » — Por eso exclama san Francisco de Sales refiriéndose á la pasión de Albornia : — « ¡Oh Dios! ¡Qué de amorosos dolores y de dolorosos amores! Porque no sólo entonces, sino todo el resto de su vida anduvo siempre el pobre Santo arrastrándose y desfallecido, como enfermo grave de amor » (16).

En efecto, no eran las llagas aparentes y superficiales, sino abiertas, profundas, de parte á parte en manos y pies, traspasada cada una por un clavo de color oscuro y férreo. Las cabezas sobresalían ; las puntas estaban por dentro como torcidas y remachadas, de suerte que entre el garfio se podía introducir un dedo. Dejaban libre el juego de nervios, músculos y tendones, pero al sentar el pie en el suelo causaban acerba tortura, por lo cual desde entonces hubo de usar Francisco báculo, y para los caminos, jumento. Santa Clara ideó unos ingeniosos zapatos de muesca, á fin de mitigar los dolores del Santo. Eran los clavos como de una carne nerviosa, duros, fuertes, sólidos y tan de una pieza, que empujándolos por la cabeza asomaba más la punta. De todas las heridas manaba fresca y copiosa sangre : León era el encargado de restañarla aplicando paños que mudaba con frecuencia. Tres dedos de ancho media la del costado, que tenía abundantes hemorragias. Estos detalles tan dramáticamente realistas, que constan de los autores contemporáneos

á Francisco (17), ayudan á comprender el estado de aniquilamiento corporal que sufrió hasta su muerte, y la exaltación cada vez mayor de su encendido espíritu.

Si bien trató Francisco de ocultar y encubrir sus estigmas, hubieron de notar los frailes que lavaban su ropa la mucha sangre que empapaba los femurales, y la dificultad que hallaba para sentar el pie en tierra ; y viendo que no era posible guardar más el secreto á los que le rodeaban, convocó algunos de los más familiares y les consultó con palabras embozadas lo que debiese hacer, recordando el mandato divino : « Mi secreto es para mí ; no divulgáis el secreto del Rey. » Entre los frailes consultados se contaba uno santísimo, fray Iluminado, que con verdadera iluminación de Dios, respondió : — « Hermano Francisco, no para tí solo, pero también para los demás te muestra Dios sus sacramentos, y debes temer su enojo si ocultas lo que para utilidad ajena te enseñó. » — Á pesar de este dictamen no dejó Francisco de celar cuanto pudo las heridas, cubriendo con la manga las de las manos y con el calzado y túnica las de los pies, y sólo León, su cariñoso enfermero, las veía y tocaba algunas veces. Cuando pensamos en aquel período prodigioso de una vida ya de suyo tan extraordinaria como la de Francisco, le vemos siempre como le describe Michelet, exangüe, desfallecido, moribundo, recorriendo Italia sobre su jumento, seguido de una multitud que se disputaba el derecho de tocar la fimbria de su hábito y de mirar de cerca el semblante transfigurado, interiormente alumbrado por luz extática. — « Habiendo descendido del monte san Francisco, canta la amante musa de las *Floreillas*, como la fama de su santidad se hubiese divulgado ya por el país, y los pastores hubiesen referido que vieran todo inflamado el monte

Albernia, y que debía ser señal de algún gran milagro que Dios hacía con san Francisco, al oír la gente del país que pasaba, corrían todos á verlo, hombres y mujeres, chicos y grandes, los cuales con gran devoción y deseo se ingeniaban para tocarle y besarle las manos... Y acercándose á una villa de los confines de Arezzo, se le puso delante, llorando mucho, una mujer con su hijuelo de ocho años en brazos hinchado del vientre... y él aplicó sus santas manos sobre el vientre del niño, y súbitamente se disipó toda hinchazón... El mismo día pasó san Francisco por el burgo del Santo Sepulcro, y antes que llegase al castillo, la turba del castillo y de la villa salió á encontrarle, y muchos se adelantaban con ramas de olivo, diciendo á grandes voces:—« Ahí viene el Santo, ahí viene el Santo » (18). — Himno de esta marcha triunfal es la poética invocación de san Buena Ventura : — « Ahora, pues, denodado caballero de Cristo, lleva las armas de tu caudillo invencible, que te darán fuerza para vencer á todos tus enemigos. Desplega el estandarte del gran Rey, cuya vista alcanza á infundir valor á cuantos militan en sus divinos ejércitos; muestra el sello del gran Pontífice, que á todo el mundo haga respetar por irreprochables y auténticas tus palabras y obras. Nadie te aflija ya, puesto que llevas en tu cuerpo los estigmas del Salvador Jesús; al contrario, profésente gran devoción tus servidores. Las gloriosas señales que certísimamente has recibido, según atestiguan no dos ó tres personas, que bastara, sino á mayor abundamiento un gran número, dan sensiblemente en ti y por ti nueva prueba de las divinas verdades, quitan todo pretexto á la incredulidad de los infieles, confirman la fe de los cristianos, alientan su esperanza y en fuego de caridad los abrasan (19). Así se cumple tu primer vi-

sión cuando supiste que, como jefe de la milicia de Cristo, serías revestido de celeste armadura y honrado con el signo de la Cruz. Al principiar tu conversión la vista de Cristo crucificado que se te apareció, te penetró de lástima, y una espada de dolor atravesó tu alma. En otra ocasión oíste voz que salía de la Cruz, trono y propiciatorio de Cristo. Fray Silvestre vió una cruz maravillosa que salía de tu boca; el bienaventurado Pacífico, dos espadas luminosas en forma de cruz, que atravesaban tu cuerpo; y Monaldo, hombre angélico, te vió en el aire como una cruz mientras san Antonio predicaba; y he aquí que al fin de tu vida te muestran la figura sublime de un serafín junta con la humilde imagen del Crucificado, que por dentro te abrasa y te marca por fuera. Eres el ángel del Apocalipsis que asciende del Oriente y lleva en la mano el signo del Dios vivo. »

Con haber recibido Francisco en Albernia tanto celeste regalo, ¿ qué mucho que profesase á su vez gran ternura á la que Alejandro IV llamaba « floreciente montaña, lugar donde el amor que abrasaba su corazón se inflamó más y más á vista del serafín, y rebosando recibió las maravillosas llagas que le hicieron parecer crucificado y dieron á su cuerpo, adornándolo como otras tantas piedras preciosas, dignidad proporcionada á la alteza de su espíritu? » « ¡Cuántas veces, — prosigue diciendo el Papa, — prosternado, regó aquella tierra feliz con sus lágrimas, aunque alguna le consolase la presencia de los espíritus celestiales! » — Fué en efecto Albernia testigo mudo de los dolores de Francisco, pero también de los consuelos más suaves que gozó. Un día que débil y rendido tras varias noches de insomnio, deseó no alimento para el cuerpo, sino algún delicado manjar para el alma, comenzó á rogar á Dios

le permitiese entrever algo de las alegrías beatíficas : de pronto se le apareció resplandeciente ángel, con una viola en la siniestra mano y el arco en la diestra ; y mientras Francisco lo contemplaba atónito, el músico del cielo pasó una vez el arco sobre las cuerdas : la suavidad de la melodía fué tal que, por decirlo así, el alma de Francisco se voló á mil leguas del cuerpo de puro deleite ; y según dijo después á sus compañeros, si el ángel vuelve á pasar el arco, á buen seguro que le arrancase enteramente el espíritu la intolerable dulzura sentida. No es maravilla que el viajero pise sobrecogido de respeto y veneración las sendas del Horeb y del Sináí franciscano (20), ni que al despedirse Francisco de la santa cumbre y de los que en su soledad le acompañaron, lo haga con tan tiernos encarecimientos : — « ¡Quedaos en paz, hijos amadísimos, adiós ! Mi cuerpo se separa de vosotros, pero os dejo mi corazón. Me voy con el hermano Ovejuela de Dios á Santa María de los Ángeles, y ya no volveré. Me voy : ¡adiós, adiós, adiós á todos ; adiós, monte Albernia ; adiós, monte de los Ángeles ; adiós, amado hermano halcón ; gracias por la caridad que mostraste conmigo ; adiós, adiós, duras rocas, ya no volveré á visitaros : adiós, rocas que me recibisteis en vuestras entrañas para confusión de Satanás : ya no hemos de vernos ! » — Y añade el sencillo cronista, testigo ocular de esta efusión de un alma amante (21) : — « Mientras nuestro amado padre pronunciaba estas palabras vertían nuestros ojos arroyos de llanto, y él se partió lloroso aún, llevándose nuestros corazones y quedándonos nosotros huérfanos. Yo, fray Maseo, escribí estos renglones con muchas lágrimas : Dios os bendiga. »

NOTAS.

(1) Thom. a Celano, *Vita*.

(2) *Tanto è il bene che io aspetto,
che ogni pena m'è diletto.*

(3) *Non ragguardate tanto la caritatevole profferta di Orlando, che voi in cosa nessuna offendiate la nostra Donna e Madonna Santa Povertade. (Fioretti, Consid. sulle Stimate.)*

(4) Cornejo, *Crónica de la Relig. de S. Francisco* ; Chavin de Malán, *Histoire de St. François d'Assise*.

(5) El texto de la bendición de san Francisco es como sigue : *Benedicat tibi Dominus, et custodiat te. Ostendat faciem suam tibi, et misereatur tui ; convertat vultum suum ad te, et det tibi pacem.*

(6) Alrededor de la piedra en que comía san Francisco, edificóse andando el tiempo una capilla ; y como sucediese que los devotos hacían añicos la piedra por llevarse algún trozo, fué colocada en el sagrario con esta inscripción : *Mensa B. Francisci, super quam habuit mirabiles apparitiones, sanctificamque ipsam, effudit oleum desuper, dicens : Hic est ara Dei.*

(7) Tradicionalmente creía lo mismo el pueblo, según el testimonio de Baronio (*Annal.*). *Tum quoque Alberniæ montem in Etruria, et Caselæ promontorium scissum traditione constar plurimorum.*

(8) Santa Teresa de Jesús, *Moradas*.

(9) Cornejo fija la fecha de la impresión de los estigmas á 14 de setiembre de 1224, dos horas después de la media noche. San Buenaventura no dice sino que fué hacia la Exaltación de la Cruz. Bernardino de Corvis siente que el 16 de setiembre; Marcos de Lisboa, el 13. La Iglesia celebra la fiesta de las Llagas el 17.

(10) S. Buenaventura, *In legén. Sti. Franc.*

(11) *Vida*.

(12) Véase el original italiano y la versión completa de la canción *In foco amor mi mise*, en el capítulo xvii.

(13) Santa Teresa, *Moradas*.

(14) *Consid. sulle Stimmate*.

(15) S. Buenaventura.

(16) San Francisco de Sales, *Traité de l'amour de Dieu*.

(17) Uno de los testimonios más curiosos y auténticos que en este asunto hallamos es el de nuestro Lucas Tudense, contemporáneo de Francisco, que en su *Impugnación de los Albigenses*, para probar que los clavos de Cristo fueron cuatro, y la herida en el costado derecho, dice: *Alii nulla tuti auctoritate asserebant tribus tantum clavis Cruci fuisse Dextrimum affixum, et non dextrum latum ejus, sed sinistrum lancea vulneratum. Sed Omnipotens Deus, qui infirma mundi eligit ut fortia quæque confundat, per servum suum Franciscum, litterarum elementis fere rudem, sed cultum fide, ita illorum confundit argumenta fallacia, ut etiam inviti cedant manifestissime veritati. Si autem quis forsitan adhuc audeat dicere ista miraculose et non ad instar Passionis Christi in Beato Francisco fuisse gesta, audiat quod in ejus obitu legitur: manifeste resultabat in eo re vera forma Crucis et Passionis Agni immaculati, qui lavit crimina mundi, dum quasi recenter a Cruce videretur depositus, manus et pedes claves confixos habens, et dextrum latus quasi lancea*

vulneratum. El Tudense había conferenciado largamente en Asís con fray Elías un año después de la muerte de san Francisco, y arrebatado de fervor, añade: *Decenter el pulchre a creatura laudatur quem Creator nostris temporibus tanta excellentia decoravit. Præ cæteris enim sanctis signis Passionis Dei et hominis antonomastice sublimatus.*

(18) *Consid. sulle Stimmate*.

(19) No faltaron de estos incrédulos á que se refiere san Buenaventura, salidos casi todos de la jerarquía eclesiástica y de las Órdenes, caso muy frecuente en la Edad media. El obispo de Olmutz, en Bohemia, prohibió á los Menores y fieles de su diócesis representar á san Francisco con los estigmas; por lo cual Gregorio IX expidió una bula en que le decía: «Has tenido la imprudencia de confiar á un hombre de moderación escasa é inclinado á la blasfemia las cartas patentes que diriges á todos los fieles de Jesucristo, exponiendo así ante el mundo las señales de tu presunción. Entre algunas cosas buenas que se hallan en dichas cartas, hemos visto otras muy malas, como ésta: Que ni san Francisco, ni ningún santo, debe aparecer en la Iglesia con los estigmas; que quien sostenga lo contrario peca y no merece crédito, siendo enemigo de la fe, porque habiendo sido el Hijo del Padre Eterno el único crucificado por la salud de los hombres, sólo á sus llagas debemos rendir homenaje, según la religión cristiana.

» Queremos examinar las razones que tengas en apoyo de tu sentir, á fin de hacerte ver que carecen de fuerza, para que las abandones...

Aquí añade el Papa argumentos teológicos, y prosigue:

« ¡Cuántas pruebas no hemos tenido de que san Francisco, después de vestir el hábito de penitencia, crucificó su carne con la práctica continua de la virtud, y que en ella se imprimieron realmente los estigmas! Muchas personas dignas de fe, que plugo á la bondad divina hacer testigos de esta maravilla grande, certifican su verdad, autorizada por la Iglesia, que de éste y otros milagros muy auténticos tomó principal motivo para la canonización del bienaventurado confesor. ¿Qué responderás á cosas que son tan públicas, y que por consiguiente no ignoras, sino que preferes tu propia opinión á cuanto la razón dicta? En lo cual nos ofendes, ó más bien á Dios, sin que logres bien alguno por ello, y perturbas la Orden de los Frailes Menores, que Nos es cara, y á cuantos la aman. Vuelve-pues en tí; ya que abriste la boca contra el cielo, no reincidas en tal lenguaje, haz penitencia para aplacar la cólera del severo Juez;

apresúrate y esfuérate á reparar, si es posible, el escándalo que diste á todos los fieles con tus cartas, y á hacer respetar como antes los conventos de frailes Menores existentes en Alemania.

» Á fin de que cosa tan conforme á la piedad se ejecute puntualmente por la gracia de Dios, te ordenamos y mandamos por estas letras apostólicas no emprendas en lo sucesivo nada que pueda irritar la Majestad divina y desagradar á la Santa Sede. No tengas la osadía de esparcir más falsedades contra el privilegio de los estigmas, concedido por la bondad de Dios para gloria de su siervo; al contrario, dedícate á hacerlo tan famoso en Alemania como lo es en otros países, bien persuadido de que el Santo fué honrado en vida con tales estigmas, que varias personas los han visto (aunque se esforzaba en ocultarlos por desprecio de las alabanzas humanas y por contemplación de las celestes), y que, en fin, cuando dejó esta vida para ir al cielo, fueron expuestos á la vista de todo el mundo. Dada en Viterbo el 31 de marzo, año 11 de Nuestro Pontificado. »

Un dominico, en Opavo (Moravia), fué más adelante que el obispo de Olmutz, y afirmó en el púlpito que san Francisco no había recibido en su cuerpo los estigmas. Gregorio IX decía con este motivo en otra Bula dirigida á los priores y provinciales de la orden de Predicadores: « Hemos sabido con tanto dolor como sorpresa, que un fraile de vuestra orden, llamado Everardo, viniendo á predicar á Opavo, villa de Moravia, se ha hecho blasfemo predicando, y ha osado decir en público que san Francisco no llevó en su cuerpo los estigmas de Cristo, y que lo que dicen de esto sus discípulos debe ser tenido por impostura... Como no solamente profirió estas palabras llenas de maldad, sino que añadió otras igualmente vitandas, sin cuidarse ni de su salvación ni del escándalo causado entre los fieles, os ordenamos y mandamos expresamente, por virtud de obediencia, si en vuestra prudencia juzgáis que el hecho es cierto, que suspendáis de predicación á este religioso, y Nos lo enviéis para que sea castigado como merece. » Además de estas amonestaciones particulares, dirigió una á todos los fieles en general, á quienes decía: « Inútil creemos exponer en estas letras los grandes méritos que guiaron á la patria celestial al glorioso confesor san Francisco: ningún fiel los ignora; emperó juzgamos que conviene informaros á todos más particularmente del maravilloso y singular favor con que ha sido honrado por Cristo... Es que recibió por virtud divina, y en vida, estigmas en manos, pies y costado, que allí quedaron después de su muerte. El conocimiento cierto que Nos y Nuestros her-

manos los Cardenales hemos tenido de este hecho... ha sido el principal motivo que Nos indujo á ponerle en el catálogo de los santos. » Es de advertir que Gregorio IX, tierno amigo de Francisco de Asís, había visto distintas veces los estigmas de manos y pies, pero no el del costado; y dudando de su existencia, una noche en sueños se le presentó san Francisco pidiéndole una ampolla para recoger la sangre que manaba la herida lateral. La bula *Seraphim volabant*, del mismo pontífice, conmina con el anatema á los detractores de los estigmas. En la misma Orden franciscana hubo un fraile joven, que no podía conformarse á creer en los estigmas, y de quien refiere la leyenda que se le apareció san Francisco, diciéndole como Cristo á santo Tomás: « Toca mis manos y mis pies. » Alejandro IV, que también conoció familiarmente á Francisco, y con sus ojos había visto los estigmas, hubo de emitir la célebre bula *Benigna operatio divinæ voluntatis*; y más tarde, la incredulidad que respecto del prodigio manifestaban algunos eclesiásticos de Castilla, León y Galicia, le obligó á expedir la que comienza *Quia longum esset*, donde excomulga y priva de grados á cuantos lo contradigan. En el mismo sentido dió Nicolás III la suya *Cum ad aures nostras*.

(20) Á despecho de la expulsión de las órdenes religiosas, los Menores de la estrecha Observancia no fueron arrojados de la Albernia; y produce singular impresión al peregrino oír sobre el mismo lugar en que Francisco fué estigmatizado, el cántico *Signasti, Domine, hic servum tuum Franciscum*, á lo cual responde el coro: *Signis redemptionis nostræ*. Hasta que san Francisco volvió de España no se fundó el convento del monte Albernia. Es parecido al de Santa María de los Ángeles; irregular como el suelo en que descansa; cuatro horas de penosa subida conducen á él, allí hay hospedería para los peregrinos, servida por los frailes. Hizo la consagración del convento y bendición de la montaña san Buenaventura; y habiendo venido á poder de los Menores llamados *Conventuales*, los descendientes del conde Orlando lo reclamaron para entregárselo á los *Observantes*, conforme al deseo de san Francisco, que al despedirse de la Albernia dijo á fray Maseo: « Sabrás que es mi intención que en este lugar haya religiosos que teman á Dios y sean de los mejores de mi Orden; esfuércense, pues, los superiores en poner aquí á los mejores; y no digo más. » Mucho tiempo se disputaron el convento las dos ramas de la familia franciscana; los *Observantes* han vencido. En varias ensenadas del monte hay esparcidas ermitas, y en el dintel de una de ellas, sombreada por aya frondosa, se lee esta ins-

crípción: *Anno Domini 1224. Beatus Franciscus sub hac arbore scæpe cum gratiarum actione et lætitia spiritus comedit.* Allí se hallaba la famosa piedra ungida. La iglesia llamada de los Estigmas es el más antiguo monumento del monte Albornia: á ambos lados tiene las armas del conde Orlando: una cruz y tres lises. Como en aquellas latitudes frías y húmedas no se conservan lienzos ni frescos, ambas iglesias encierran relieves de barro vidriado, obra alguno de ellos del famoso Lucas de la Robia. Al monte Albornia se retiró san Antonio de Padua para componer sus sermones, y san Buenaventura para hallar la inspiración mística de su *Itinerario de la mente á Dios.*

(21) Están tomados estos trozos de una carta de fray Masco de Marignano «á todos los hermanos é hijos del gran patriarca Francisco», que se conservaba en el archivo de San Damián de Asís.



CAPÍTULO VIII.

AGONÍA, MUERTE, RESURRECCIÓN.

Padecimientos y dolores de Francisco. — Las lágrimas le ciegan. — Muda de lugares. — Acércase la muerte. — Jacoba de Sietesolios. — Bendición á última hora. — Tránsito. — Semejanza con el Crucificado. — Sepelio. — Clara y sus hijas. — Valle del Infierno y Valle del Paraíso. — Himno de Gregorio IX. — Canonización. — Traslación y misterioso depósito del cuerpo. — Leyenda. — Cántico de triunfo.

.....
Ante obitum mortuus, post obitum vivus.

(Epitafio de san Francisco,
 por Gregorio IX.)

.....
Muerto antes de morir, vivo después de la muerte.

(Epitafio de san Francisco,
 por Gregorio IX.)

CUANDO descendió Francisco del monte Albornia no había porción de su organismo que no estuviese crucificada de padecimientos. Aparte de las cinco llagas que ya le asemejaban á su prototipo, el Varón de dolores, aquejábanle violentas hemoptisis, crueles ataques al estómago, á los nervios, al hígado, y especialmente sus ojos, escaldados por torrentes de abrasadoras lágrimas, apenas iban viendo la bella luz del *hermano Sol*. Y no obstante, por aquel tiempo, el contento interior de su espíritu se exhaló en himnos de gozo, y bendijo á Dios en las criaturas y en